

EL CICLO DE LA VIDA EN EL VALLE DE BENASQUE. LA JUVENTUD*

JOSÉ LISÓN HUGUET

«¡Yo, de chaval, a los dieciséis años, si me veía mi padre hablar con una chica...! ¡me daba una vergüenza...! ¡Y a las chicas más aún...! Si las veían bailar con un chico que a los padres no les gustara, ya no salían de casa!»

El modo de relacionarse los chicos y las chicas era el baile de los domingos, los días de Carnaval y, si eran del mismo pueblo, cuando ellas iban a la fuente a por agua, momento que aprovechaban los chicos para acercarse brevemente a la moza que les interesaba.

CREENCIAS Y SUPERSTICIONES PARA ENCONTRAR A LA OTRA MITAD

Las creencias por parte de las chicas para encontrar novio o tener un anticipo sobre aquél que el destino las deparara fueron varias:

a) Se escribía el nombre de varios chicos en un papel cada uno; se doblaban y se arrojaban debajo

de la cama para, a continuación, a tientas, coger uno al azar; aquél sería su marido: «Yo me casé con él y todas mis amigas se han casao con el que les ha resultao».

b) A las doce de la noche del día de San Juan, y para adivinar quién iba a ser el novio, cogían agua de la fuente, «que le hubiera dao el sereno». Le ponían en un puchero y dentro de él un huevo fresco de una gallina negra, previamente abierto o cascado; entonces salía la imagen borrosa, y sólo unas décimas de segundo, del futuro novio.

c) Durante esta misma noche de San Juan, la chica arrojaba, sin que nadie le viese, una moneda al fuego de la hoguera; antes de salir el sol tenía que rescatarla de las cenizas, y cuando pasaba un pobre se la entregaba preguntándole su nombre; el nombre del mendigo sería el de su futuro marido.

* Avance de un estudio sobre el ciclo de la vida basado en notas de campo recogidas en el Valle de Benasque en el año 1979.

d) A primeros de abril, cuando cantaba el cuco «cogúlo», la chica se acercaba lo más posible al animal y pronunciaba en voz baja:

*«Cogúlo, cogúlo
por las ancas de tu culo
tú me has de decir
y me has de cantar
cuantos años han de pasar
a casarme»*

Tantas veces como cantaba el cuco eran los años que debían transcurrir antes de la boda. Los disgustos ante los cantos reiterados del pájaro eran frecuentes.

e) También para conseguir marido las jóvenes era frecuente el rezo de novenas a San Antonio, o bien acudían en peregrinación a la ermita del Santuario de Guayente para pedir a la Virgen:

*«Virgen de Guayent
apáñame el casament
tanto si me conviene
como si no me conviene.»*

Los chicos tampoco quedaban al margen de todo este ceremonial:

a) El esperaba a la moza en la fuente, y antes de acercarse a dirigirla unas palabras, le tiraba una piedrecita a la falda del vestido. «El que tira piedrecitas, quiere palabritas».

b) El chico dejaba caer el pañuelo disimuladamente para ver si la chica estaba al tanto y se lo devolvía; lo hacía, a veces, con tanto disimulo que la aludida no se enteraba; si por este motivo lo recogía otra producía «grandes chascos», ya que equivalía a una declaración auténtica.

c) Práctica poco utilizada por el gran respeto que imponía, pero

de gran efecto, consistía en pasar una ropa (jersey o camisa) por encima de una serpiente, rozándola: si esta ropa entraba en contacto con la chica, ésta quedaba rápidamente enamorada. De ahí la expresión para aquél que tenía suerte o éxito con las mujeres: «Lleva la serpiente».

d) Otra variante de la anterior era el pasar una aguja larga por la cabeza de una serpiente viva, de ojo a ojo, poner en contacto esa aguja con la propia ropa y que luego ésta tocara a la persona deseada.

e) «En Carnaval le quitaban alguna prenda que a ella le interesaba, y al pedírtela le pedías un beso, y si te lo daba ya estaba arreglado».

Ciertas fiestas también ayudaban a las relaciones entre uno y otro sexo. La víspera de la noche de Reyes se reunían algunos chicos y chicas (menos) en una casa, y colocaban en un puchero, papeletas con los nombres de los chicos, y en otro recipiente los nombres de las chicas; seguidamente «el tonto del pueblo» (el chico más apocado) iba sacando las papeletas de una en una de cada uno de los pucheros, formando así parejas; estos nombres aparecían al día siguiente en la puerta de la iglesia antes de que comenzara la misa, con gran regocijo de todo el pueblo; en el baile de la tarde, el chico tenía que hacer un regalo (turrón, un pañuelo, un pequeño frasco de perfume, etc.) a la chica a la que la suerte le había emparejado. Durante la primera pieza del baile, única a la que les daba derecho el sorteo, la chica podía rechazar el regalo, co-

sa que casi nunca sucedía. Al día siguiente el chico era obsequiado por ella en su casa con unas pastas y algo de vino; de esta forma salieron algunas relaciones, pero «las chicas no iban detrás de los chicos»; «si la pretendían no salía de casa, no se fiaban hasta que el novio se presentaba a los padres.»

EL BAILE Y LA RONDA

A pesar de todos estos rituales, seguía siendo el baile el sitio más seguro para entrar en contacto con la chica que pretendían; pero el chico tenía que estar atento, ya que «las chicas tenían que bailar con el primero que las sacara». Los chicos y las chicas estaban separados uno a cada lado del baile.

«¡Oh! pobre, no, ella no podía decir que no... ¡Ah...! esa ya se la había cargao, aquella a lo mejor ya no bailaba en toda la fiesta; ellos iban y se cogían las que le parecían. Y si le hubiera dao calabazas a un chico, sobre todo del pueblo, no hubiera bailao más en toda la fiesta. Y a lo mejor en todo el año no la hubieran hecho bailar más. Eso de dar calabazas... no se podía; ahora hacen lo que quieren.»

Si alguna chica rompía estas estrictas normas, «el chico le aplastaba un trozo de calabaza en la cara».

Otra forma para declararse era la ronda, por medio de coplas alusivas, que raras veces entonaba el interesado, «a lo mejor el que la pretendía ni siquiera cantaba en el grupo», debido a la vergüenza que se sentía al declararse en público;

«a veces se pegaba un año rondando y cantando, no se atrevían a decirle nada a la chica».

Rondaban generalmente los mozos las noches del sábado, pero tampoco era extraño que lo hicieran cualquier otra noche, siempre que las faenas del día siguiente permitieran la trasnochada, acompañados de: guitarra, violín y bandurria.

Como coplas de ronda que he recogido figuran las siguientes:

*«Qué es eso que resplandece
a la boca de esa calle?
Los ojos de una morena
que parece que el sol sale»*

*«Qué es eso que resplandece
en esa ventana de arriba?
Son estrellas, son luceros
o soles del mediodía»*

*«Las estrellas he contado
la del Norte me dejé;
como era la más bonita
a tí te la comparé»*

*«He visto sereno y nube
he visto nube y llover
también he visto dejar
después de tanto querer»*

*«Debajo de tu balcón
dos corazones combaten:
baja niña y quita uno
no permitas que se maten»
«El agua para ser buena
ha de salir de un peñón
y la mujer para el hombre
ha de salir de Aragón»*

*«Te daré la despedida
con hojitas de limón
en medio de las hojitas
allá va mi corazón»*

*«¡Ay! que ventanas tan altas
¡Ay! que pasillos tan grandes
¡Ay! que niñas tan hermosas
si me las dieran sus padres»*

*«Yo quisiera ser yedra
y subir por tus paredes
y entrar por la ventana
para ver el dormir que tienes»*

*«Todo el día me tienes
atravesando pinares
para ver a mi...
el dormir que tienes»*

*«Una morena con garbo
puede salir a la calle
y una rubia sin color
donde no la vea nadie»*

De matiz satírico:

*«Cochina más que cochina
cochina más que las otras
sécate esa materia
que te baja por las camotas»* (pantorrillas)

*«Rezaré la despedida
todas en general
la moza de...
parece un pataral»* (excremento de vaca)

Las mozas, al finalizar las jotas de ronda, tiraban como signo de agradecimiento, o para dar su aquiescencia a su pretendiente, ramos de albahaca, que raras veces llegaban a manos del enamorado, puesto que todos se tiraban por el ramo, ramo que se llevaba a casa y que podía dar un gran disgusto al mozo enamorado, pues si al poco tiempo florecía, la sentencia popular era muy dura al respecto: «si la albahaca está florida, la moza está parida».

A la par que se rondaba a la chia en busca de algún gesto o señal, se tanteaba el interés del padre de la chica: se buscaba cualquier ocasión para ofrecerle de fumar; si éste le rechazaba el cigarro la cosa ya estaba muy difícil. Valía más cualquier signo de aceptación del padre de la chica, que la conformidad de ésta.

ACTITUDES DE RECHAZO

La forma de rechazar a un chico, ante las continuas propuestas de éste, era encerrarse en casa; al preguntar él por la chica se le decía que no estaba en la casa. No obstante, la cosa no terminaba ahí, ya que el pretendiente, al sentirse despreciado, colocaba espueñas, maderos, se hacía de vientre, en la puerta de la casa de la chica, o untaba con pez el pomo de la puerta de la casa de ella.

No era muy frecuente, pero se podía dar el caso de que la chica fuera requerida de amores por un chico de otro pueblo: esto era considerado como una ofensa a los del pueblo y una intromisión, siendo los métodos algunas veces muy drásticos, aun a pesar de que el mozo forastero iba acompañado de algunos amigos, a escondidas y de noche. Los amigos se escondían mientras la pareja platicaba. Estos visitantes procuraban protegerse con una especie de puños de hierro, con vergas, que eran hilos de alambre con plomo en las puntas (algunas de estas vergas se forraban con tela y se llevaban enrolladas en la faja); palos de fresno con puntas de clavos de herrar a las

caballerías; y también alguna pistola.

«A un hermano de padre murió de un palizón que le dieron, allí en... que iba a ver una chica allí; se ve que se gustaban, pero había chicos de allí que la pretendían también o no sé qué y le dieron un palizón y morir que hizo».

«En... se mataron tres o cuatro, hace cincuenta años por eso». Las posibilidades de tipo físico cesaban cuando el chico entraba por primera vez en casa de los padres de ella.

LA «BALLADERA»

Esta especie de patronazgo que los chicos imponían a las chicas de su mismo pueblo desaparecía durante los días de la Fiesta Mayor, en que los mozos forasteros podían bailar con las chicas de la localidad «balladeras», y que generalmente solían ser «las más feas», para la primera pieza del baile.

«Cuando llegaban los mozos forasteros, se les invitaba a bailar por parte de los mozos del pueblo, y para mejor los mozos del pueblo cogían una «balladera» y se la daban al forastero y otra a otro forastero; a todos le daban la «balladera», ese día los obsequiaban... pero sólo una vez... yo antes me las he pasado de todas y si no te daban la «balladera» no bailabas, y si te la ibas a sacar y si era una chica que querían... A mí ma pasao, allí en... aquí cerca: fuimos tres chicos de allí del pueblo, nos dieron una «balladera» a cada uno, sí, lo peor que había en el baile, a mí me dieron una que las alpargatas

que yo llevaba me las quitaba a pitosones... pero luego, después, te habían dao la libertá de bailar, entonces nos cogimos de lo mejor que había... ¿Qué pasó?... que estábamos con ellas, nos pusimos a bailar, casi de los primeros... primero salió uno del pueblo, enseguida nos metemos nosotros, como no te juntabas con ellas tenías quéspabilar y ¿qué pasa?... que nos pararon la música y nos dijeron que si queríamos bailar con aquellas chicas, que no bailaríamos, que antes nos darían una paliza... ¡Ah! sí, a mí me ha pasao eso...»

LA SOLTERIA

La soltería fue bastante frecuente en los hijos que no estaban destinados para herederos, siendo objeto de burlas. Los domingos, como distinción de su estado, llevaban en la solapa de la chaqueta: una rosa, un clavel, o un ramo de albahaca, con un significado muy explícito: «tengo, busco, quiero».

La causa de la gran cantidad de solteros que hay hoy en día en todo el valle ha sido debido principalmente a la intromisión de los padres y a la negativa a casar a sus hijos-as con alguien de una casa inferior a la de ellos en el aspecto económico. Otras causas que también han contribuido a este último son:

— La negativa de los hijos a aceptar el cónyuge impuesto por los padres.

— La mala fama de que gozaban algunas madres de los herederos.

— El vivir aún en casa muchos

hermanos del heredero y, todavía peor, las hermanas.

— El lugar que ocupaba el heredero en la administración de la casa, pues no era dueño de nada hasta la muerte del «viejo»; esta situación los desanimaba.

EL NOVIAZGO

Condición imprescindible para los mozos de aquella época antes de comprometerse o ser comprometidos, era haber efectuado el servicio militar. Para algunos era la primera y única posibilidad de salir del valle; al servicio militar llegaban sólo sabiendo leer y escribir y las cuatro reglas. No tenían noticias de ningún tipo, ni, por supuesto, de política. Los jóvenes que entraban en el sorteo bajaban a Castejón de Sos en ese día; algunos mozos se encontraban trabajando en Francia. Efectuaba el sorteo el secretario del Ayuntamiento y es lógico comprender el júbilo y la alegría de los que se libraban del servicio militar, y el resto, pocos días después, tras el sorteo general en Huesca, se enteraba a quien el azar había destinado a Africa, lo cual era considerado «como una mala suerte»; «como una desgracia».

Cuando partían para el servicio pasaban a despedirse por todas las casas del pueblo y recibían algo de dinero.

Como dato anecdótico me parece interesante señalar que «al mozo, los más ancianos, le recomendaban subirse a un monte muy alto y contar cuantas estrellas mejor,

así sacaría un número muy alto y se libraría del servicio militar».

Cuando los padres de ambos jóvenes veían con buenos ojos las relaciones entre sus hijos, principalmente entre los no heredados, se hacía el compromiso formal, generalmente en primavera; durante el invierno las grandes nevadas solían aislar los pueblos del valle. Ese día, el día de la declaración oficial, el novio, ayudado por los amigos, plantaba delante de la puerta de la casa del padre de la novia un árbol, generalmente un pino. Una vez que habían finalizado la plantación salía el padre de ella y los invitaba a pastas y vino.

Pero aun a pesar de la enorme riqueza folklórica que como hemos visto podía suponer y, por qué no, de romanticismo, el inicio de relaciones de un sexo con otro, eran los padres, principalmente en las casas ricas, los que arreglaban el matrimonio de los hijos herederos y muchas veces también el de los no herederos, forzando la voluntad de los hijos, importando única y exclusivamente la dote que pudiera aportar a la casa al futuro posible contrayente. Trataban de emparentar a los hijos, si eran herederos, con una casa rica y a las hijas con algún heredero ya fuera de la localidad o de otra aldea.

Se dice de casos que, por ejemplo, una chica que ya tenía novio elegido por ella, la quería casar su padre con el heredero de una casa rica; entonces se escaparon los dos a Francia, donde permanecieron una temporada, al cabo de ésta volvieron y ya nadie les puso impedimentos para la boda, a la que,

por supuesto, no acudió nadie. Por la noche tuvieron que ver cómo la comunidad les obsequiaba con una gran cerrada; de esta manera se sancionaba la osadía de haber hecho caso omiso a una serie de valores tradicionales en la aldea.

Práctica usual fue el acudir los padres a la Feria de Castejón de Sos o a la Vilaller, acompañados de sus hijos-as ricamente ataviados para tratar de entablar diálogo con los padres de otros hijos, que también allí acudían con las mismas intenciones; al tercer y último día de la Feria, si los padres habían encontrado algún heredero-a para sus hijos, iniciaban las negociaciones para un posible ajuste de la boda. Los posibles futuros esposos, a cuyas espaldas se realizaban estas negociaciones, estaban reunidos con sus amigos-as, en espera de la decisión de sus padres.

Por lo general, la gente se casaba entre los del mismo pueblo, y también de las aldeas próximas; fue frecuente el casarse entre primeros hermanos a fin de aumentar todavía más la fortuna de la casa o por lo menos conservarla. Se ignoraba el peligro que esto suponía. Se pedía permiso al Obispo de Barbastro, cosa que se solucionaba en unas pocas semanas; «los de..., nació no sé a qué tiempo y como entonces nacían y no iban a las clínicas, por lo que la tuvieron no sé, si un mes, envuelta en algodón en una caja de zapatos, allí, donde la tenían, nació antes de tiempo».

Los padres con hijos-as casaderas que no habían acudido a las Ferias anteriormente citadas, bien

por imposibilidad o porque no les agradaba este método, encargaban a una serie de personas que les buscaran un buen partido para su hijo-a. Estas personas, por lo general, fueron:

a) Los sastres, puesto que iban por los pueblos del valle trabajando para las casas ricas y penetraba por el interior de ellas, estando por lo general los que mejor informados acerca de la potencia económica de la casa.

b) Los comerciantes ambulantes, en su recorrido, para que entraran en contacto con las casas.

c) Los pastores, durante la trashumancia también arreglaban algunos casamientos.

Los primeros tratos entre los futuros suegros se hacían siempre en casa del padre de la chica. En esta primera reunión no estaban presentes ni los futuros novios, ni las amas de las respectivas casas. Fue bastante frecuente la presencia en estos primeros tratos del «ponderado», que trataba de limar las diferencias económicas entre ambas partes y ponderaba ante la futura novia, después de la reunión, las cualidades físicas y morales del que iba a ser su marido, así como de lo bien que iba a estar en su nueva casa y la excepcional importancia económica de ésta. Este «ponderó» no cobraba absolutamente nada; a lo sumo, se le invitaba a la boda.

El regateo y el rompimiento de negociaciones estuvo siempre presente, teniendo que volver a empezar a buscar por otra parte al futuro-a contrayente.

Si las negociaciones habían ido por buen camino, se fijaba el día

de la petición oficial de mano, en donde, por lo general, si los pueblos estaban algo distantes, era la primera vez en que se veían los futuros esposos siempre vigilados de cerca por sus respectivas madres; en ese día las dos casas, para celebrar el acontecimiento, preparaban un gran banquete a base de cordeiro en casa de los padres de la novia; al término de la comida se fijaba la fecha de la boda y partían en dirección a Benasque o a Boltaña para realizar las capitulaciones matrimoniales ante el juez, siempre y cuando la pareja fueran a ser los herederos inamovibles desde ese momento, ya que también se podía celebrar la boda bajo la promesa oral de que la pareja sería nombrada legalmente como heredera; en este caso, no se realizaban las capitulaciones matrimoniales; sin embargo, esta última faceta no fue muy frecuente.

LAS CAPITULACIONES MATRIMONIALES

En estas capitulaciones matrimoniales se detallaba minuciosamente lo que aportaban las dos casas y las obligaciones de cada una de las partes. Por una parte los padres del novio nombraban a éste como heredero, hecho que había servido, a su vez, para sacar amplio provecho económico a los padres de la novia.

El hijo se comprometía a vivir con su mujer e hijos, cuando los tuviese en casa de sus padres. A asistir a éstos en caso de enfermedad; a trabajar para la casa; a decirles un número determinado de

misas a sus padres, cuando murieran, etc.

Los «viejos» solían quedarse alguna pequeña parcela de cultivo en propiedad, para disponer de ella en caso de necesidad, para dotar a otra hija, etc.; el resto pasaba a los «chóbes» (el joven matrimonio), de iure, pero no de facto, los cuales se no llegaban a entenderse con los «viejos» y abandonaban la casa, seguían siendo los herederos; no obstante los «viejos» siempre quedaban como usufructuarios de todo hasta su muerte.

A los demás hijos (hermanos-as del heredero) se les dotaba asignándoles una cantidad en metálico, que a veces respondía a la condición económica de la casa, pero en la mayoría de las ocasiones la cantidad asignada era tan exigua, que sólo tenía valor como justificación moral de los padres. Una vez recibida la dote éstos renunciaban a la casa, y ya automáticamente quedaban desligados de ella. «La emigración a América ha sido frecuente donde han hecho fortuna tanto hombres como mujeres» (éstas ya más recientemente). No obstante, estos hijos no herederos seguían-siguen unidos a la casa, y en caso de dificultades han enviado dinero, y si las noticias de los que habían partido tardaban en llegar, la gente de la casa no asistía al baile, ni a ningún tipo de fiesta hasta haberlas recibido.

Hoy en día se puede observar cómo los hijos no herederos en su día, y que abandonaron la casa prefiriendo emigrar a la ciudad, han evolucionado en todos los aspectos más que el que en su día quedó co-

mo heredero en la propiedad familiar.

Los hermanos del heredero que decidían quedarse en casa, se les conoce con el nombre de «tións», quedaban obligados a trabajar sin recibir ningún tipo de compensación económica a cambio: trabajaban por el vestido y por la comida y recibían por parte del heredero alguna pequeña cantidad de dinero para tabaco, o para ir de vez en cuando al bar. «Los tiones han sido en muchos casos muy mal considerados en las casas donde se han quedado»; eran los que se soportaban los trabajos más duros, y ellos han sido los que con su denodado esfuerzo han contribuido a sostener y aumentar la casa e impedir que esta concepción de la casa esté dando hoy todavía sus últimas bocanadas en esta zona: «El trabajo peor y la comida peor era pal tión».

También se conocen algunos casos de estos «tións», que habiendo comenzado con sus pequeños ahorros obtenidos haciendo de criados en otras casas en los años de su juventud, llegaron a poseer grandes cantidades de ganado.

Siguiendo con nuestro relato de las capitulaciones matrimoniales «era tan serio como la ceremonia en la iglesia»; aunque, como también es lógico suponer, a la corta, «estos matrimonios arreglados originan frecuentes riñas entre los nuevos esposos».

De la otra parte, también eran frecuentes los problemas; el padre de la novia que había capitulado entregar una cierta cantidad de dinero, solía retrasarse algunos años,

originándose por esto, las más de las veces, continuos pleitos y enemistades.

Actualmente ya no se suelen hacer las capitulaciones matrimoniales hasta que los padres, ya mayores, ven próxima su última hora; en muchos casos se legaliza la herencia tras su desaparición, pues si la legan secretamente en vida, mediante testamento, les implica un mejor trato por parte de los futuros herederos en la vejez, puesto que los malos tratos pueden provocar la revocación del testamento a favor de otro hermano presente en la casa o ausente.

Si los padres mueren sin testar, nombra heredero un consejo de familia constituido por dos de los parientes más próximos, generalmente un hermano del padre y otro de la madre o, en ausencia de ellos, dos primos hermanos, uno de cada parte, ya que la extensión del concepto de familia en la zona llega hasta el primer grado de parentesco.

Se aprovechaba el casar hijo heredero y su hermana con hija y heredero hijo respectivamente; esto implicaba el ahorro del desembolso económico de las dotes... «Mamá vino a casa y de casa marchó otra allí; hicieron a cambios; hicieron la boda el mismo día; ella se ve que ni trajo ropa a casa y la otra tampoco llevó pallá; cada cual se quedó con lo que tenían y en la dote igual: ni le dieron a la una, ni a la otra».

Una vez hechas las capitulaciones matrimoniales, la ceremonia eclesiástica tardaba pocas semanas en llegar; en ese breve período de

tiempo el novio regalaba a la novia alguna barra de turrón de guirlache, que compraba por las ferias, cuando llevaba el ganado. Normalmente, si los jóvenes eran del mismo pueblo, se solían ver al atardecer, cuando ella iba a por agua a la fuente; él la esperaba marchando directamente a casa, donde se sentaban al lado del fuego con el resto de la familia de ella, pero esto último, repito, de entrar a la casa se hacía cuando ya estaban hechas las capitulaciones.

Si eran de pueblos diferentes, el novio iba a casa de la novia los martes o jueves y sábados, norma que sigue vigente en la actualidad en algunos pueblos del valle.

Ruptura de relaciones

Si alguna de las partes, llámese padres, recelaba del cumplimiento de las capitulaciones matrimoniales o durante ese tiempo encontraba mejor postor, incluso hechas las capitulaciones, se rompía el compromiso firmado, entablándose a continuación ambas familias en pleitos y enemistades interminables, llegándose por parte de los hermanos de la novia a agredir físicamente al novio «darle un buen santo», el cual había sido totalmente ajeno a este ruptura. Este caso no fue corriente y si alguna vez se rompía el noviazgo fue casi siempre por parte de casa del novio.

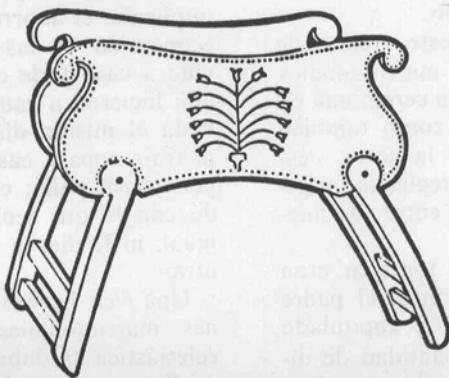
Bibliografía

Lisón Huguet, José, *El ciclo de la vida en el Valle de Benasque*, «Andalán», núm. 370, 15 al 31 de diciembre de 1982, pp. 32-35.

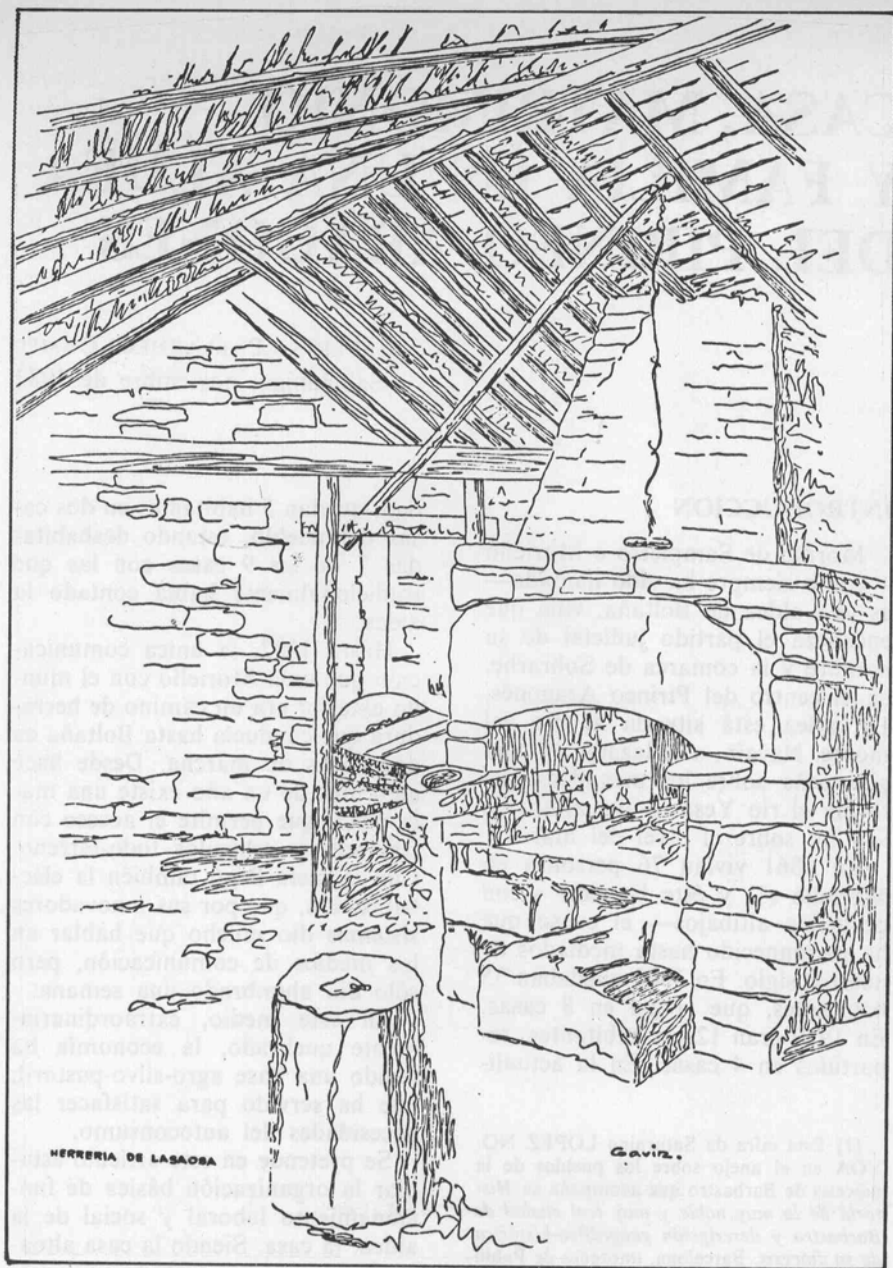
Violant i Simorra, Ramón, *El*

Pirineo español, Madrid, Ed. Plus-Ultra, 1949.

Costa, Joaquín, *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, Zaragoza, Guara ed. (reedición), 1981.



Laguarta (Casa Chirone). Silla de novia. 1973. J. Gavín.



Lasaos. Herrería. 1974. J. Gavín.